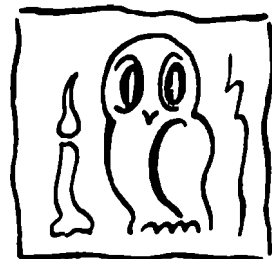


FILOSOFIA



No concebimos a la filosofía sino como solución de las cuestiones que por el momento nos apasionan, si bien lentamente aprendemos a buscarla en un plano más alto. - ALEJANDRO KORN.

La Educación del Carácter Según Martín Buber NARCISO POUSA

EL AUTOR

NARCISO POUSA. *Nació en La Plata en cuya Universidad cursó estudios de Filosofía y Ciencias de la Educación. Desempeña la docencia en el Colegio Nacional y en la Universidad Nacional del Litoral. En la Facultad de Humanidades, tiene a su cargo la cátedra de Introducción a la Filosofía y dirige el curso de Lectura y Comentario de Textos Filosóficos. Fue becado por el gobierno francés para asistir a los cursos de Metafísica del Profesor J. Wabl, en la Sorbona. Publicó numerosos libros sobre la materia y colabora habitualmente en La Nación, Ficción y Cahiers du Sud (Francia). Dirige la colección Imaginación de la Editorial Nova.*

EL TEMA

LA EDUCACIÓN DEL CARÁCTER SEGÚN MARTÍN BUBER. Analiza el profesor Pousa el pensamiento de Martín Buber acerca de la educación del carácter, al que instala en dos vertientes: la situación del hombre a partir de su relación con valores absolutos y luego que esa relación se caracteriza con la fórmula yo-tú. La posición de Buber —sostiene— es la formación de seres y no la creación de autómatas. El educador —agrega— podrá llegar con todo su ser espontáneo al ser íntegro del alumno, es decir, la conciencia de la humildad, la plenitud vital y la responsabilidad. La condición previa de la educación es *ser alguien*, a través del diálogo entre auténticas existencias.

NARCISO POUSA

La Educación del Carácter Según Martín Buber

EL SENTIDO DE ESTAS PALABRAS es mostrar casi textualmente el pensamiento del gran pensador israelí Martín Buber, sobre la cuestión de la educación del carácter¹. Dejamos de lado toda pretensión crítica en pos de una comprensión fiel de ese pensamiento. Venerable por su larga y fecunda vida, el filósofo Martín Buber es uno de los participantes en la edificación de ese pequeño estado de Israel que mucho tiene ya que enseñar a nuestro mundo.

Pero será necesario tener en cuenta dos supuestos principales del pensamiento de Buber para que la meditación sobre problemas educativos adquiera su dimensión correcta. El primero, es que para este pensador la situación del hombre sólo se explica a partir de su relación con valores absolutos; y segundo que esa relación es personal, es decir una relación que se caracteriza con la fórmula YO-TÚ, con lo cual se quiere significar que en ambos términos de la fórmula encontramos a *alguien*, y no a *algo*. Buber busca la formación de seres humanos y no la creación de autómatas, seres responsables y no partes ciegas para el Moloch moderno: lo colectivo. Será comprensible pues, que para quien concibe al hombre como una entidad espiritual, la única educación digna de tal nombre sea, esencialmente, la educación del carácter. No concibe al educando como a alguien a quien meramente se le ha de enseñar deter-

minadas nociones y técnicas, sino como un todo personal, único e intransferible ya sea como es en su presencia actual o en sus posibilidades de desarrollo, cuya entidad moral debe ser modelada. El alumno es por un lado *personalidad* o sea esa forma espiritual y física que es única en cada ser, y por otro es *carácter* o sea el nexo entre lo que este individuo es y la secuencia de sus actos y actitudes. Entre estos dos aspectos totales del individuo hay una diferencia fundamental: la personalidad es algo que en su desarrollo se mantiene esencialmente fuera de la influencia del educador; pero ayudar a moldear el carácter es la máxima posibilidad y tarea del educador. La personalidad es una integración dada, en tanto que sólo el carácter se presenta como una tarea a emprender.

Los límites fundamentales de la influencia consciente

La enseñanza de nociones se presenta como una tarea concreta reuelta por medio de las técnicas pedagógicas, pero la educación del carácter se presenta como una tarea en la que todo se torna problemático. Si trato de enseñar por ejemplo, que la envidia es un sentimiento despreciable, advierto la resistencia secreta de los alumnos más pobres que sus otros compañeros; si trato de explicar que es perverso golpear y atropellar a los débiles, adivino la sonrisa reprimida en los labios de los fuertes; si explico que la mentira es destructiva, ocurre algo terrible: el mentiroso más conspicuo de la clase redacta un ensayo brillante sobre el poder destructor de la mentira. *He cometido el error fatal de transformar a los valores éticos en nociones y los he enseñado como entidades inteligibles*, lo que he dicho se acepta como conocimiento, pero nada se transforma en el carácter. Más la dificultad se encuentra más en lo hondo: hay una resistencia de parte del alumno a ser influido en la zona del carácter, resistencia que aumenta en razón directa de los signos de carácter genuino e independiente que aparecen en el individuo. No acepta la idea de que alguien quiera educarle, sobre todo si tiene la experiencia de cuán arduo es encontrar la vía recta. Pero no por ello debe sacarse la consecuencia de que el educador ha de mantener en silencio la intención de educar el carácter y actuar por medio de astucia y subterfugios.

Solamente con todo su ser, en toda espontaneidad, puede el educador realmente llegar al ser íntegro del alumno. Porque para educar caracteres no se necesita genio moral, sino un hombre que esté totalmente vivo y sea capaz de comunicar directamente con sus semejantes. Sólo un hombre que participa en el acto de creación que es la vida puede comunicar con sus semejantes.

La palabra griega *carácter*, significa *impresión*. ¿Quién imprime el carácter en esa sustancia plástica que es el alumno? Todo: la naturaleza y el contexto social, el hogar y la calle, el lenguaje y la costumbre, las noticias diarias del mundo en forma de rumor,

LA EDUCACIÓN DEL CARÁCTER SEGÚN MARTÍN BUBER

de boletín radiofónico, o periodismo impreso, la música y la ciencia técnica, el juego y el sueño; todo reunido. Muchos ejercen su influencia estimulando el asentimiento, la imitación, el deseo, el esfuerzo; otros suscitando preguntas, dudas, desagrado, resistencia. Entre todas estas infinitas formas, el educador no es más que uno entre los otros. Pero es distinguible por dos cualidades:

- a) *Por su voluntad de participar en la formación del carácter.*
- b) *por su conciencia del problema que le permite SELECCIONAR entre lo que es to y lo que no lo es.*

Es en esta voluntad y en esta conciencia que su vocación de educador encuentra su expresión fundamental.

Por todo ello para el pensador israelí, se hace evidente que el educador debe extraer de aquí dos consecuencias: primera, *la conciencia de la humildad*, el sentimiento de ser un elemento en la plenitud de la vida, de ser una existencia singular en el tremendo impacto que la realidad realiza en el alumno; pero en segundo lugar, debe acceder a la evidencia de ser la única existencia consciente que *quiere* modificar la persona del alumno en su integridad. Y así también tener clara noción del sentimiento de responsabilidad ante la selección de realidad que él representa para el alumno.

Y de todo ello se infiere el conocimiento del único acceso al alumno en el plano del carácter: su *confianza*. Cuando se ha conquistado la confianza del alumno, la resistencia a ser educado da paso a un acontecimiento singular: éste acepta al educador como persona. Siente que puede confiar en este hombre, que este hombre no está traficando con su confianza sino que toma realmente parte en su vida, que lo acepta tal como es antes de desear influirlo. Y así el alumno aprende a preguntar.

La Confianza

El educador que recibe esta confianza, que es abordado por el alumno *con aire desafiante, pero con las manos temblorosas, visiblemente abierto hacia él y encendido de una esperanza*, se da cuenta de que éste es el momento de dar el primer paso consciente hacia la educación del carácter. Al mismo tiempo debe tener conciencia de la responsabilidad que asume ante ese otro ser que espera de él no respuestas genéricas sobre el bien y el mal, sino concretamente saber cuál es el acto correcto en el caso planteado.

Una confianza tal no se gana con esfuerzos, sino que es el producto de una espontánea y nada calculadora participación en la vida de la gente con la que uno trata, y del asumir la responsabilidad que emerge de tal situación. No es el propósito de educar la que es fructífera educacionalmente, sino el encuentro verdadero, la ayuda que uno

presta para sobrepasar las contradicciones. Asumida tal actitud por el educador ante el alumno, entonces todo, lecciones, juegos, conversaciones sobre los inconvenientes de la clase o sobre los problemas de la guerra mundial, todo, es camino abierto para la educación del carácter. Mas resulta importante que el profesor no espere del alumno un asentimiento incondicional. No debe olvidar que los conflictos, también, si son resueltos en una atmósfera saludable, tienen valor educativo. El conflicto con un alumno es la prueba máxima para un educador. Pues éste si bien no debe mellar el impacto penetrante de su conocimiento, debe al mismo tiempo tener siempre preparado el balsamo de su comprensión. En ningún momento debe ocurrírsele conducir maniobras dialécticas, en vez de una verdadera batalla por la verdad. La confianza existe entre dos existencias que no se engañan, ni se trampean entre sí. Pero si en una discusión el educador resultara vencedor, deberá encontrar la palabra o el gesto de comprensión y simpatía que ayude al vencido a sobreponerse.

Así Buber, nos enseña que la educación es un diálogo entre existencias auténticas, diálogo de cuyo fracaso o triunfo es único responsable el educador, y principal protagonista el alumno. La vieja enseñanza socrática pareciera resonar a través de las formulaciones precisas de Buber. Si queremos moldear el carácter de los demás debemos *ser* nosotros mismos. Y es ese problema de ser y de *ser alguien* (una existencia auténtica) la condición previa de toda educación.

¹ MARTÍN BUBER: *Between Man And Man*. Beacon Press, Boston.